

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

España en Marruecos

Política comercial VII

Una política proteccionista, más eficaz, más futurista, por parte del Gobierno, hubiera coadyuvado poderosamente a la hegemonía del comercio hispano en el imperio de Marruecos. Hoy Alemania, Francia, Inglaterra, é Italia, tienen monopolizado el comercio de importación y exportación, sin leyes efectistas, prácticamente, luchando con las armas de la competencia y del trabajo. Ciertamente, pero el perfeccionamiento de sus industrias, el abaratamiento de los fletes, la reducción de los precios de los transportes y el aceleramiento de estos, la implantación de tarifas especiales de ferrocarriles para las mercancías con destino a la exportación y la sólida educación mercantil de sus industriales y comerciantes, son causas eficientes que les hace decir con orgullo: España tiene en Marruecos derechos históricos; nosotros tenemos derechos creados.

¡Derechos históricos! Un pueblo no puede prescindir de su historia, dice el gran orador Vázquez de Mella, como un individuo no puede prescindir de su biografía sin renegar de sí mismo. Un pueblo que reniega de su historia y de su tradición, reniega de su modo de ser y vuelve la espalda, no tan solo a su pasado, que siempre deja huella en el presente, sino también el imperativo categórico que sobre cada generación deben ejercer los que le precedieron, si no se ha de romper la cadena de los siglos y hemos de ser un eslabón roto ó una onda fugaz en el río nacional. La tradición, las elocuentes enseñanzas de la historia, la afinidad de raza nos han creado derechos en Marruecos, pero en los actuales tiempos, esos derechos se han de sostener por la fuerza victoriosa de las armas ó por las armas pacíficas de la penetración comercial é industrial, que son los vínculos poderosos de los derechos creados, de más raigambre que los otros, que son buenos solamente para sacarlos á relucir en eruditas disertaciones académicas.

¡Educación mercantil de nuestros industriales y comerciantes! ¿Que ha hecho España en este sentido? Nada. Veamos lo que han logrado otras naciones. Todo el afán de Alemania, dice un ilustrado escritor, estribó en estrechar en Marruecos las relaciones

comerciales é introducir su industria. Para lo primero dió todo género de facilidades; para lo segundo apeló á procedimientos lícitos y habilísimos, superiores en habilidad á los de Francia. Desde luego estudió la forma de adaptar á la mora la industria alemana, con el fin de acoplarla á los gustos del país y hacerla su preferida, confundiendo, á ser posible, con la indígena. Cogió un objeto artístico y estudió su combinación del color ajustado á la preferencia marroquí (ya estudiado lo hizo igual y lo exportó) luego fué muy lentamente llevando por grados sucesivos la armonía del color hacia el arte alemán, hasta el momento de variar el gusto moro sin que el mismo árabe se diese cuenta de la evolución que había de favorecer: en tan alto grado la industria teutona. La benedictina labor es de larga preparación, pero de resultados indudables. En otro orden no ha sido menos avisada. Francia ha montado una industria en Marruecos y ha llevado operarios suyos, ya por favorecer á los obreros franceses, ya por inspirarles más viva confianza. Alemania nól Alemania ha tratado de instalar una industria propia en Tánger y prescindió siempre de sus obreros.

Muy avisada, temió que el elemento extraño la enagenase simpatías, ó al menos, que despertase recelo, sobre todo entre gentes tan enemigas del cosmopolitismo; previsoramente quiso obviar este obstáculo, y en vez de servirse de alemanes, echó mano de españoles, que constituyeron el mayor núcleo y preferentemente de moros, con lo cual se rodeaba de simpatías y aportaba á su obra extraños concursos convertidos en propios.

De esta manera se penetra pacíficamente en Marruecos, y en todas partes método preconizado por los alemanes, que van introduciendo sus mercancías en todos los países. En uno de los días del mes de Diciembre de 1906, cruzamos varios amigos el zoco grande de Tánger, siempre original y pintoresco para los europeos, y salimos al camino del Monte, dejando atrás *Abekabar-el-Meselmán*, cementerio de los moros, donde entraban numerosos grupos de moras, tapadas, perezosas, esclavas, educadas solo para la lascivia, á llorar sobre la tumba del déspota ó del ser querido, con plañidos que impresionaban tristemente.

Llegáramos á una de las casas de Benaruli, domicilio del simpático So-

rela, cuando un burro cargado con pesada mercancía, nos obligó á dejar el camino. Detrás marchaba un obrero español que con extrañas voces árabes adivaba el paso tarde del cansado jumento.

—¡Arrel!—dijo uno de mis compañeros. —No le hará á usted caso—manifestó el arriero.—A estos borriquitos hay que hablarles en moro, sino es inútil, y el buen hombre siguió detrás de su asno con sus *ziada sarralla* y otras palabras que no entendíamos.

No es cuento, el hecho es cierto, y tiene su moraleja. Ese honrado obrero dos daba una lección. Hay que adaptarse al medio ambiente y seguir la hábil política de Alemania. El emperador Guillermo II, el primer viajante alemán, decía no hace muchos años al reformar la segunda enseñanza en Alemania "Hagámos comerciantes." El insigne estadista inglés lord Rosebery exclamó en un mitin: "England's Empire is traffic" y Alfredo Fouilles marcó la nueva orientación francesa diciéndo: *Une partie de notre enseignement doit être orientée vers les professions industrielles commerciales et coloniales ful ont grand besoin de releves.* Por eso afirmaba D. Juan Antonio Güel en un notable proyecto sobre la creación de una Escuela Naval de Comercio, que el elemento principal de los pueblos hoy, es el comercio, midiéndose así la fuerza de las naciones por su expansión comercial.

Importa mucho á nuestro porvenir comercial, porvenir pavoroso si los franceses convierten Marruecos en nuestro competidor, la educación mercantil de comerciantes é industriales, para que conquisten el mercado mogrebino, aprovechando la numerosa colonia española que extrangeros industriales buscan con interés, cumpliéndose la profecía de Costa: "los españoles colonizaremos Argelia, colonizaremos Marruecos, pero como hijos adoptivos de otra nación."

De extender nuestra acción comercial en Marruecos, de acudir el capital á levantar las colonias africanas, la emigración á Argelia y á otros pueblos cambiaría de rumbo y marcharía al Mogreb, y estos labradores levantinos, de brazos de acero, que volteando el sazón, lo hincan en la gleba argelina, sacando de ella frutos, flores y aromas, harían lo mismo en el territorio marroquí, que tanta afinidad tiene con el nuestro, por el clima y la pro-

ducción, y si España pudo un día cuando el árabe se enseñoreó de nuestro suelo, dar á todas sus razas tierras que le recordasen su patria, según Castelar, y al africano pudo darles desiertos abrasados, y al sirio embalsamados oasis, y al árabe regiones perfumadas por los aromas de Oriente, y al hijo de la Palestina hermosísimas colinas sombreadas por los olivos y los granados y festoneadas por espinosos nogales, también el huertano de Valencia y el de Murcia encontrarían en el Mogreb, una primavera verde y florida, una tierra fecunda, huertos de naranjos cargados del dorado fruto y palmeras que mueven sus penachos de desmayadas palmas al soplo ardiente de los vientos africanos; y el labrador de Andalucía, el granadino vería sus cármenes, que son un pomo de esencias, con sus mirtos y arrayanes, con el delicado y embriagador perfume de sus azahares, rosas, alieles, claveles y moquetas; y el jienense, el cordobés, el malagueño, el gaditano, sus cortijos blancos como palomas, que se pierden en la vega entre maizales y olivos; y el sevillano sus magníficas quintas, los árboles de sus campiñas, sus péticos patios y sus jardines edénicos; y todos, las alboradas color de rosa, los crepúsculos azules y los brillantes atardeceres y amaneceres del cielo andaluz.

R. Rodríguez Delgado.

UNA BODA

A las nueve y media de la mañana de hoy se ha celebrado en el oratorio que en su hotel del Barrio de Peral, tiene nuestro amigo D. Nicolás Berizo, el matrimonial enlace de la distinguida y bellísima señorita Florentina García Tudela, con el joven letrado y secretario del Juzgado municipal de Lorca, D. Angel Aznar Pedreño.

Infinidad de flores del tiempo adornaban el altar en donde la enamorada pareja había de escuchar la epístola de San Pablo y el local era insuficiente para dar cabida al gran número de distinguidas personas que deseaban presenciar el acto, apesar de verificarse esto en familia.

La novia lucía un riquísimo traje de gró negro, cubría su bellissimo rostro amplio velo nupcial y lucía en su pecho el simbólico azahar.

La enamorada pareja fue apadrinada por el Excmo. Sr. D. Justo Az-

nar y Butigieg padre del contrayente y la distinguida señora D.ª Florentina Tudela madre de la novia, bendiciendo la unión el virtuoso sacerdote D. Angel Cabanellas.

Terminado el acto religioso levantóse el acta ante el Juez municipal D. Rafael Cañete Colón y el secretario de dicho Juzgado D. Cristóbal Campos, firmando en ella como testigos el exministro de la Guerra Excelentísimo Sr. D. Angel Aznar, tío del novio, D. José María Romero Auditor de este Apostadero, don Eduardo Mata Casanave intendente de este Apostadero y D. Nicolás Berizo tío de la desposada.

Después del acto los nuevos esposos, han salido en automóvil para Murcia y Totana en donde pasarán los primeros días de la luna de miel, para seguir después el viaje de novios para Madrid, Valencia y Granada.

Reciba tan feliz pareja nuestra enhorabuena deseándole en su nuevo estado toda clase de felicidades, enhorabuena que hacemos extensiva á las familias de ambos contrayentes y muy especialmente á nuestro respetable y querido amigo el Excelentísimo Sr. Justo Aznar exsenaador del Reino.

AUTOMOVIL-LA BUIRE

Un comisionista es siempre una interrogación, un apremio, un problema vivo, que una vez planteado hay que resolverlo. El comisionista sale de la fonda por la mañana, pensando que toda la humanidad le espera, y que en su caja de muestras ó en sus catálogos lleva un billete de libre circulación para vuestras casas ó por vuestros despachos, que le permite disponer de la atención de todo el género humano, que tiene que soportarlo fatalmente.

Yo he recibido la visita de un comisionista de automóviles: imaginaos un chaquet á cuadros, largo y flotante, un *monocle* que parece sostenido con una púa debajo de la ceja izquierda, un sombrero claro y flexible y una pluma estilo-gráfica, asomándose amenazadora en un bolsillo; ha entrado en mi despacho esgrimiendo una tarjeta de un amigo; yo he leído la tarjeta, he saludado al comisionista y el comisionista ha correspondido á mi saludo con una reverencia en actitud casi oriental. Me han asegurado que usted

desea adquirir un auto y he creído de mi obligación visitarle con nuestro catálogo y poner á su disposición un coche; y al terminar este pequeño discurso, el *monocle* de mi hombre se fija en mí, inquisitivo y como si quisiera sondear mi cartera en una sola mirada; yo me quedo stónico y suspensivo y sin saber qué decirle, pero reflexiono y le respondo, extremando mi amabilidad: no puedo negar á usted que deseo adquirir, no un auto, sino dos autos... cuatrocientos mil pesetas de autos, pero... No me deja concluir, se levanta rápidamente y sin el *monocle*, que se le ha caído al escuchar lo de las cuatrocientas mil, estrecha mi mano rudamente y dice: esta tarde á las cuatro, estoy aquí con el coche: *haremos un pequeño paseo*. Gira y sale después de tres reverencias, corte francés, que me anonadan.

Son las cuatro, mis chiquillos, mi criada, mis vecinos, se acman á los balcones, locos de estupor, ¡un auto! ¡el auto del señorito! el auto de papá y yo salgo despicente, modesto pero radiante de júbilo. El comisionista salta del coche para recibirme, me coloca al lado del volante, él dirige, el motor suena después la sirena, dá un quejido y partimos suavemente. Yo saco la cabeza fuera del coche para decir adiós á mis vecinos y á mis chiquillos que agitan los pañuelos desesperadamente. ¡Yo v y intranquilo. El comisionista maniobra con frecuencia en unas palancas que van á su diestra. Vamos en tercera me dice respetuosamente, mi amigo. No le preocupe á usted eso porque yo estoy acostumbrado desde niño á viajar en tercera, le respondo. Un momento después me dice, ahora vamos en cuarta; parece mentira pero vamos en cuarta tan ricamente.

Va en la carretera voy muerto de miedo, agarrado al asiento y recordando todas las desgracias que he leído en mi vida. En el horizonte aparece un carro, la mula se espanta, se atraviesa en el camino y empieza á cocear con desesperación, el carretero chillá, la sirena suena y yo veo inevitable el trompazo terrible pero... el auto para suavemente, dulcemente, y mi compañero me dice; ha visto usted el freno, este freno es único, es el freno de la casa La Buire que va en el diferencial solo en el diferencial, por eso es la parada tan dulce. El carretero sigue diciendo cosas menos dulces que el freno y yo tengo la boca seca del susto y un deseo vivísimo de volver á ca-

Acusado.—Yo no puedo decir más que lo que sé á ciencia cierta.

Presidente.—¿Usted tenía una maleta de su propiedad?

Acusado.—No; nadie puede asegurarlo.

Presidente.—Lo dió el portero.

Acusado.—Le engaña no comprendo cómo puede decir eso.

Interrogatorio de Lavrenius

Presidente.—Ha residido usted en París y en los alrededores: se practicó un registro en su domicilio de la calle de la Santé, y ha sido usted el único de los acusados que opuso resistencia al comisario de policía.

Acusado.—Llamaron y yo atrapé la puerta.

Presidente.—¿Por qué? Los malhechores no llaman para entrar en las casas.

Acusado.—A veces sí, luego entreabrí la puerta, por que pensé que sería mi criada, que subía; es mi costumbre.

Presidente.—¡Extraña costumbre, atrancar las puertas cuando llaman á la campanilla!

Acusado.—Vl alguien á quien no conocía, y nada simpático por cierto. Pero luego abrí en seguida y se practicó el registro.

Presidente.—Usted es inventor de una espoleta cuya piza principal es un resorte de acero, ¿no es así?

Acusado.—Sí, señor.

Presidente.—En su domicilio se encontraron un cierto número de espirales en acero y todo lo necesario para contruir la espoleta en cuestión.

Acusado.—Es preciso experimentar el sistema, yo no sé si resultará.

Presidente.—Va lo creo que resulta, perfectamente; como que se han hecho experiencias con éxito completo.

Acusado.—Es posible; y últimamente, ¿á qué darse tan malos ratos buscando un aparato nuevo cuando la mejor bomba sería una simple botella llena de explosivos?

Presidente.—¿Fue Landesen á casa de usted?

Acusado.—Sí, señor.

Presidente.—¿Le habló usted de la invención?

Acusado.—Dibujé el aparato en una pizarra.

Presidente.—¿Tenía usted confianza en él?

Acusado.—Se presentó en mi casa con una carta de uno de mis amigos en Rusia

Acusado.—No soy de la misma opinión. Presidente.—¿Cuántos aparatos de esos llegó usted á tener?

Acusado.—Creo que dos.

Presidente.—¿Pero tenía usted encargado un tercero que no se le ha entregado?

Acusado.—No tenía encargado ninguno más.

Presidente.—Sí, y se puso usted de muy mal humor porque no lo construyeron á tiempo.

Acusado.—No, eso era respecto al segundo.

Presidente.—Según resulta del sumario, eso propulsor no es otro que la bomba encontrada en casa de Stepanoff.

Acusado.—Lo niego terminantemente.

Presidente.—En el sumario dijo usted que era modelo de proyectil.

Reinstein.—Fue Landesen quien me llevó un dibujo de bomba y el modelo construido á excepción del sistema de cierre que faltaba.

Presidente.—En fin es bien curioso que eso propulsor sea idéntico á la bomba encontrada en casa de Stepanoff.

Reinstein.—Eso no es posible.

Lavrenius.—Quisiera ver juntos ambos instrumentos.

El señor presidente manda abrir las cajas que contienen los referidos objetos.